

PÁRAMO DE FUEGO

Chris Hammer

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS

PRÓLOGO

EL DÍA ESTÁ TRANQUILO. EL calor, que había disminuido durante la noche, comienza a apretar otra vez; no hay nubes en el cielo implacable, y el sol castiga. Al otro lado del camino, junto a lo que queda del río, las cigarras generan un muro de sonido, pero hay silencio alrededor de la iglesia. Los feligreses comienzan a llegar para el servicio de las once; estacionan al otro lado del camino, a la sombra de los árboles. Una vez que han llegado tres o cuatro coches, sus ocupantes emergen al resplandor de la mañana, cruzan la calle y se reúnen fuera de St. James para conversar de trivialidades: los precios de las acciones, la escasez de agua para las granjas, el tiempo inclemente. El joven sacerdote, Byron Swift, está allí, todavía vestido de manera informal, charlando amablemente con los ancianos de su congregación. Nada parece fuera de lugar; todo se ve normal. Se acerca Craig Landers, propietario de la tienda de víveres de Riversend. Va a ir de caza con sus amigos, pero han pasado por la iglesia para que él pueda hablar brevemente con el sacerdote antes de salir. Sus amigos lo han acompañado. Al igual que Craig, ninguno de ellos acude a ella asiduamente. Gerry Torlini vive en Bellington y no conoce a ninguno de los feligreses, así que regresa a su

camioneta todoterreno, pero los agricultores locales Thom y Alf Newkirk se mezclan con la gente, igual que Horrie Grosvenor. Allen, el hijo de Alf, rodeado de gente que lo triplica en edad, se une a Gerry en la cabina de la camioneta. Si alguien piensa que los hombres se ven fuera de lugar con su ropa de caza, una extraña mezcla de camuflaje y prendas reflectantes, nadie lo dice.

El sacerdote ve a Landers y se acerca. Se dan la mano, sonríen, intercambian algunas palabras. Luego el sacerdote se excusa y entra en la iglesia para prepararse para el servicio y ponerse sus vestimentas. Landers, que ya ha dicho lo que quería, quiere irse enseguida, pero Horrie y los Newkirk están en plena charla con algunos granjeros, así que camina hacia el lateral de la iglesia, buscando sombra. Casi ha llegado cuando el murmullo de la conversación cesa abruptamente; se vuelve y ve que el sacerdote ha salido de la iglesia y está en lo alto de los escalones. Byron Swift se ha puesto sus vestiduras litúrgicas, el crucifijo brilla bajo el sol, y lleva un arma, un rifle de caza de alta potencia con mira telescópica. Landers no comprende; sigue desconcertado cuando Swift se apoya el arma contra el hombro y le dispara tranquilamente a Horrie Grosvenor desde una distancia de no más de cinco metros. La cabeza de Grosvenor se parte en una nube roja y sus piernas se doblan. Cae al suelo como un saco, como si ya no tuviera huesos. La conversación se detiene, las cabezas giran. Hay un momento de silencio mientras la gente trata de comprender. El sacerdote dispara de nuevo, otro cuerpo se desploma: Thom Newkirk. No hay gritos, aún no, pero hay pánico, desesperación silenciosa mientras todos empiezan a correr.

Landers huye hacia la esquina de la iglesia mientras otro disparo resuena en el mundo. Rodea la pared y encuentra seguridad momentánea. Pero no deja de correr; sabe que a quien más quiere matar el sacerdote es a él.

CAPÍTULO 1

RIVERSEND

MARTIN SCARSDEN DETIENE EL COCHE en el puente que lleva al pueblo y deja el motor en marcha. Es un puente de un solo carril, que no permite adelantarse ni pasar en paralelo, construido hace décadas con madera de eucaliptos rojos de la zona. Se extiende por encima de las zonas inundables junto al río, largo y frágil, con tablones resecos que se encogen y crujen, tornillos sueltos y tramos combados. Martin abre la puerta y sale al calor del mediodía, feroz y seco como un horno. Apoya ambas manos en la baranda, pero hace tanto calor que incluso la madera está demasiado caliente para tocarla. Las retira, llevándose consigo la descascarillada pintura blanca. Se las limpia con la toalla húmeda que lleva alrededor del cuello. Mira hacia abajo, donde debería estar el río, y ve en su lugar un mosaico de arcilla agrietada, cocida, que se está convirtiendo en polvo. Alguien ha llevado una nevera vieja hasta donde en un tiempo corría agua y la ha dejado allí, después de escribir con pintura en la puerta: “Cerveza gratis-sistema de honor”. Los eucaliptos a lo largo de las orillas no entienden la broma; algunas de sus ramas están secas,

otras sostienen racimos dispersos de hojas color caqui. Martin prueba levantándose las gafas de sol, pero la luz es cegadora, demasiado brillante, y se las vuelve a bajar. Regresa al coche y apaga el motor. No se oye nada; el calor ha absorbido la vida del mundo: ni cigarras, ni cacatúas, ni siquiera cuervos, solo el puente quejumbroso que cruje y se expande y contrae bajo el sol. No hay viento. El calor parece tirar de Martin, buscando su humedad; lo siente a través de la delgada suela de sus zapatos de ciudad.

De vuelta en el vehículo alquilado, con el aire acondicionado al máximo, sale del puente y toma por la calle principal de Riversend hacia la cuenca sofocante que baja del terraplén. Hay coches estacionados, alineados de manera uniforme en un ángulo de cuarenta y cinco grados: camionetas, todoterrenos y otros de ciudad, todos polvorientos, ninguno nuevo. Conduce despacio, buscando movimientos, pero es como si estuviera conduciendo a través de un diorama. Solo al pasar por la primera intersección, a una manzana del río, junto a un soldado de bronce sobre una columna, ve a un hombre arrastrando los pies por la acera, a la sombra de los toldos de las tiendas. Increíblemente, viste un largo sobretodo gris. Tiene los hombros encorvados y en una mano sostiene una bolsa de papel marrón. Martin frena, retrocede prudentemente en el ángulo requerido, pero no con el suficiente cuidado. Hace una mueca cuando el parachoques roza el borde de la acera. Pone el freno de mano, apaga el motor y sale. El borde de la acera casi le llega a la altura de la rodilla, construido para lluvias torrenciales, adornado ahora con la parte trasera de su coche de alquiler. Piensa en mover el coche hacia delante, alejarlo del escollo de cemento, pero decide dejarlo allí, el daño ya está hecho.

Cruza y se protege bajo la sombra de los toldos, pero no hay rastro del hombre que arrastraba los pies. La calle está desierta. Martin observa los escaparates. El primero tiene un

cartel pintado a mano, pegado en el interior de la puerta de vidrio: “Mathilda’s, tienda de oportunidades y antigüedades, ropa de segunda mano, objetos y curiosidades. Abierto martes y jueves por la mañana”. Ese lunes a mediodía, la puerta está cerrada con llave. Martin inspecciona el escaparate. Hay un vestido de cóctel negro con cuentas en un viejo maniquí de modista; una chaqueta de tweed con parches de cuero en los codos y el dobladillo algo deshilachado cuelga de una percha de madera; un llamativo mono de trabajo naranja descansa sobre el respaldo de una silla. Un cubo de acero inoxidable contiene una colección de paraguas desechados, polvorientos por el desuso. En una pared, hay un póster que muestra a una mujer con un bañador tumbada sobre una toalla de playa, mientras detrás de ella, las olas lamen la arena. “Manly, mar y surf”, dice el póster, pero ha estado en el escaparate tanto tiempo que el sol de la región de Riverina ha desteñido el rojo del traje de baño y el dorado de la arena, y ha dejado solo un lavado azul pálido. A lo largo de la parte inferior del escaparate, hay una variedad de calzados: zapatos de bolos, zapatos de golf, algunas botas de montar gastadas y un par de lustrosos zapatos marrones acordonados. Esparcidas alrededor de ellos, como confetis, hay moscas muertas. “Zapatos de hombres muertos”, piensa Martin.

La tienda de al lado está vacía, con un cartel de “Se alquila” en amarillo y negro en la ventana; todavía se lee el contorno donde la pintura se ha desprendido de la ventana: “Peluquería”. Saca su teléfono y hace algunas fotos, recordatorios visuales para cuando escriba. La siguiente tienda está completamente cerrada: una fachada de tablones de madera con dos pequeñas ventanas, ambas tapiadas. La puerta está asegurada con una cadena oxidada y un candado de bronce. Tiene aspecto de haber estado así toda la vida. Martin toma una foto de la puerta encadenada.

Al cruzar al otro lado de la calle, vuelve a sentir el calor

a través de sus zapatos y evita los parches de alquitrán que rezuman. Cuando llega a la acera y al alivio de la sombra, se sorprende al encontrar una librería justo al lado de donde ha estacionado: “Oasis café y librería” dice un cartel colgado del toldo, con las palabras talladas en una tabla de madera retorcida. Una librería. Qué sorpresa. No ha traído un libro consigo, ni siquiera había pensado en ello hasta ese momento. Su editor, Max Fuller, llamó al amanecer para transmitirle su gran idea y asignarle la historia. Martin hizo la maleta a toda prisa, llegó al aeropuerto solo con unos minutos de sobra, descargó los artículos periodísticos que le habían enviado y fue el último pasajero en cruzar la pista y subir al avión. Pero un libro estaría bien; si tiene que soportar los próximos días en ese pueblo desolado, una novela podría brindarle algo de distracción. Intenta abrir la puerta, pensando que es probable que esté cerrada con llave. Sin embargo, el Oasis está abierto. O al menos, la puerta lo está.

Dentro, el local está oscuro y desierto, la temperatura es por lo menos diez grados más fresca. Se quita las gafas de sol, y deja que sus ojos se adapten a la penumbra después del brillo abrasador de la calle. Hay cortinas en las ventanas y biombos delante de ellas, lo que añade una barrera adicional contra el día. Un ventilador de techo gira lentamente; el único otro movimiento es el agua que gotea sobre las terrazas de pizarra de una pequeña fuente de agua que está sobre el mostrador que se encuentra junto a la puerta, delante de la ventana, en un espacio abierto. Allí hay un par de sofás, unos sillones vencidos sobre una alfombra gastada y algunas mesas cubiertas de libros.

Hacia la parte posterior de la tienda, hay tres o cuatro filas de estanterías de libros de altura media con pasillos en el medio y a los lados. Las paredes laterales sostienen estanterías más altas. Al fondo de la tienda, al final del pasillo, hay una puerta batiente de madera como las que separan la cocina del

comedor en los restaurantes. Si las estanterías fueran asientos y el mostrador el altar, el lugar podría ser una capilla.

Martin camina más allá de las mesas hasta la pared del fondo. Un pequeño cartel la identifica como “Literatura”. Una sonrisa irónica comienza a distenderle el rostro, pero su avance se detiene cuando ve la estantería superior. Allí, alineados ordenadamente con solo los lomos visibles, están los libros que leyó y estudió hace veinte años en la universidad. No solo los mismos títulos, sino las mismas ediciones de bolsillo gastadas, dispuestas en el mismo orden que en sus cursos. Allí están *Moby Dick*, *El último mohicano*, *La letra escarlata*, a la izquierda de *El Gran Gatsby*, *Trampa 22* y *Herzog*. Están *Las fortunas de Richard Mahony*, *Solo por amor* y *Coonardoo*, que llevan a *Caída Libre*, *El proceso* y *El americano impasible*. Hay diferentes obras de teatro: *El guardián*, *Rinoceronte* y *La capilla peligrosa*. Saca una edición de Penguin de *Una habitación con vistas*, cuyo viejo lomo está sostenido con cinta adhesiva amarillenta. Lo abre, esperando ver el nombre de algún compañero de clase olvidado, pero en su lugar, el nombre que lo saluda es Katherine Blonde. Vuelve a colocarlo en su sitio, cuidando de no dañarlo. “Libros de una mujer muerta”, piensa. Saca su teléfono y toma una fotografía.

En la estantería de abajo, hay libros más nuevos, algunos de los cuales parecen intactos. James Joyce, Salman Rushdie, Tim Winton. No puede discernir ningún patrón en la forma en que están dispuestos. Saca uno, luego otro, pero no tienen nombres escritos dentro.

Toma otro par y cuando se gira para sentarse en uno de los cómodos sillones, se sobresalta y da un respingo involuntario. Una joven ha aparecido al final del pasillo central.

—¿Has encontrado algo interesante? —pregunta con voz ronca, sonriendo. Está apoyada contra una estantería, con actitud desenfadada.

—Eso espero —dice Martin.

Pero no está tan relajado como suena. Se siente desconcertado: primero por su presencia y ahora por su belleza. Es rubia, con melena desordenada y un flequillo que le roza las cejas oscuras. Sus pómulos parecen de mármol y tiene ojos de un verde brillante. Lleva un vestido ligero de verano y va descalza. No pertenece al relato que él se ha estado construyendo sobre Riversend.

—¿Quién es Katherine Blonde? —pregunta.

—Mi madre.

—Dile que me gustan sus libros.

—No puedo, está muerta.

—Ah. Lo siento.

—Pues no lo sientas. Si te gustan sus libros, le caerías bien. Esta tienda era de ella.

Se quedan mirándose durante un instante. Hay algo audaz en la manera en que ella lo mira y él es el primero en apartar los ojos.

—Siéntate —dice ella—. Relájate un poco. Has venido de muy lejos.

—¿Cómo lo sabes?

—Esto es Riversend —responde con una sonrisa triste. Martin nota que tiene hoyuelos. Podría ser modelo. O estrella de cine.

—Vamos, siéntate —insiste—. ¿Quieres un café? Somos una cafetería además de librería. Así es como ganamos dinero.

—De acuerdo. Café solo, doble, gracias. Y agua, por favor. —Desea un cigarrillo, aunque no ha fumado desde la universidad. Un cigarrillo. ¿Por qué ahora?

—Perfecto. Enseguida vuelvo.

Da media vuelta y se aleja sin hacer ruido por el pasillo. Martin la observa durante todo el trayecto, admirando la curva de su cuello que flota por encima de las estanterías; sigue anclado al mismo lugar desde donde la vio por primera vez. Ella pasa por la puerta batiente en el fondo de la tienda y

desaparece, pero su presencia permanece: el timbre de su voz de violonchelo, la fluida confianza de su postura, sus ojos verdes.

La puerta deja de oscilar. Martin mira los libros que tiene en las manos. Suspira, se acusa de ser patético y se sienta; no mira los libros sino el dorso de sus manos de cuarenta años. Su padre tenía manos de artesano. Cuando él era niño, le parecían muy fuertes, seguras, decididas. Siempre había esperado, había supuesto, que algún día sus manos serían iguales. Pero las ve como manos adolescentes. Manos de profesional, no de alguien de clase trabajadora, manos carentes de autenticidad. Se sienta en un sillón desvencijado, con el tapizado gastado, que se inclina hacia un lado, y se pone a hojear distraídamente uno de los libros. Esta vez ella no lo sorprende cuando entra en su campo de visión. Martin levanta la vista. Ha pasado tiempo.

—Aquí tienes —dice ella, frunciendo levemente el ceño.

Coloca una gran taza blanca en la mesa a su lado. Cuando se inclina, él percibe una fragancia teñida de café. “Qué tonto”, piensa.

—Espero que no te moleste —continúa—, pero me preparé uno también para mí. No recibimos muchas visitas.

—Por supuesto que no —se escucha decir a sí mismo—. Siéntate.

Una parte de Martin quiere conversar, hacerla reír, cautivarla. Cree recordar cómo se hace —su atractivo no puede haberlo abandonado del todo—, pero vuelve a mirarse las manos y cambia de idea.

—¿Qué haces aquí? —la interroga, sorprendiéndose por lo brusco de su pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué haces en Riversend?

—Vivo aquí.

—Lo sé. Pero ¿por qué?

Su sonrisa se desvanece y ella lo mira con seriedad.

—¿Hay alguna razón por la que no debería vivir aquí?

—Esto. —Martin levanta los brazos, gesticula hacia la tienda a su alrededor—. Libros, cultura, literatura. Tus libros de la universidad allí, en el estante debajo de los de tu madre. Y tú. Este pueblo se está muriendo. No perteneces aquí.

Ella no sonrío, no frunce el ceño. Simplemente lo mira, pensativa, dejando que el silencio se extienda antes de responder.

—Eres Martin Scarsden, ¿verdad? —Sus ojos están fijos en los de él.

Martin le sostiene la mirada.

—Sí. Soy yo.

—Recuerdo los informes —dice—. Me alegra que hayas salido con vida. Debió haber sido terrible.

—Sí, lo fue —responde.

Pasan los minutos. Martin toma el café. No está mal; los ha probado peores en Sídney. De nuevo, el curioso anhelo de un cigarrillo. El silencio es incómodo y, de pronto, no lo es. Pasan más minutos. Se alegra de estar allí, en el Oasis, compartiendo silencios con esa hermosa joven.

Ella es la primera en hablar.

—Volví hace dieciocho meses, cuando mi madre se estaba muriendo. Para cuidarla. Ahora..., bueno, si me voy, la librería, su librería, cerrará. Sucederá pronto, pero todavía no estoy lista.

—Perdona. No quería ser tan directo.

Ella toma su café, envuelve la taza con las manos; un gesto de comodidad, de compartir confidencias, extrañamente apropiado a pesar del calor del día.

—Entonces, Martin Scarsden, ¿qué haces tú en Riversend?

—He venido por una historia. Me envió mi editor. Creyó que me haría bien salir y respirar un poco de aire fresco del campo. Para despejar las telarañas —dice.

—¿Sobre la sequía?

—No. No exactamente.

—Ay, por Dios. ¿Sobre el tiroteo? ¿Otra vez? Fue hace casi un año.

—Sí. Ese es el gancho. “Riversend: un año después”. Como un perfil, pero de un pueblo, no de una persona. Lo publicaremos en el aniversario.

—¿Fue idea tuya?

—De mi editor.

—Qué genio. ¿Y te envió a ti? ¿Para escribir sobre un pueblo traumatizado?

—Por lo visto.

—Mierda.

Se quedan en silencio otra vez. La joven apoya el mentón en una mano, mientras mira sin ver un libro sobre una de las mesas; Martin la observa, ya no explorando su belleza, sino reflexionando sobre su decisión de quedarse en Riversend. Ve las finas líneas alrededor de sus ojos, sospecha que es mayor de lo que pensaba al principio.

Tendrá unos veinticinco años, tal vez. Joven, al menos en comparación con él. Se quedan así durante unos minutos, un cuadro viviente en la librería, antes de que ella levante la mirada y se encuentre con sus ojos. Pasa un momento, se restablece una conexión. Cuando habla, su voz es casi un susurro:

—Martin, hay una historia mejor, ¿sabes? Mejor que regodearse en el dolor de un pueblo de luto.

—¿Y cuál es esa historia?

—Por qué lo hizo.

—Creo que ya lo sabemos, ¿no?

—¿Abuso infantil? Una acusación fácil de hacer a un sacerdote muerto. No me lo creo. No todos los sacerdotes son pedófilos.

Martin no puede sostener la intensidad de su mirada; baja los ojos al café, sin saber qué decir.

La joven insiste.

—D’Arcy Defoe. ¿Es amigo tuyo?

—No diría tanto. Pero es un excelente periodista. La historia ganó un Premio Walkley, merecidamente.

—Estaba equivocado.

Martin vacila; no sabe adónde va la conversación.

—¿Cómo te llamas?

—Mandalay Blonde. Todos me dicen Mandy.

—Mandalay. Vaya.

—Fue mi madre. Le agradaba el sonido. Le gustaba la idea de viajar por el mundo sin ataduras.

—¿Y lo hizo?

—No. Nunca salió de Australia.

—Bien, Mandy. Byron Swift mató a tiros a cinco personas. Dime: ¿por qué lo hizo?

—No lo sé. Pero si lo averiguaras, sería una historia de puta madre, ¿no?

—Supongo. Pero si tú no sabes por qué lo hizo, ¿quién me lo va a decir?

Ella no responde, al menos de inmediato. Martin se siente desconcertado. Creía haber encontrado un refugio en la librería; ahora siente que lo ha estropeado. No sabe qué decir, si debería disculparse, tomárselo a la ligera o agradecerle el café e irse.

Pero Mandalay Blonde no se ha ofendido; se inclina hacia él y habla en voz baja:

—Martin, quiero contarte algo. Pero no para que lo publiques ni para que lo repitas. Entre tú y yo. ¿Te parece bien?

—¿Qué puede ser tan confidencial?

—Es solo que tengo que seguir viviendo en este pueblo. Así que escribe lo que quieras sobre Byron, él ya no importa, pero, por favor, no me metas a mí. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

Ella se echa hacia atrás, sopesando sus próximas palabras. Martin se percata de lo silenciosa que está la librería, aislada tanto del sonido como de la luz y el calor. Puede oír el lento

girar del ventilador, el zumbido de su motor eléctrico, el tintineo del agua en la fuente sobre el mostrador, la respiración lenta de Mandalay Blonde. Mandy lo mira a los ojos, luego traga saliva, como si estuviera juntando valor.

—Había algo como sagrado en él. Como de un santo o algo así.

—Mató a cinco personas.

—Lo sé. Yo estaba aquí. Fue terrible. Conocía a algunas de las víctimas. Conozco a sus viudas. Fran Landers es amiga mía. Así que dime: ¿por qué no lo odio? ¿Por qué siento que lo que pasó era de alguna manera inevitable? ¿Por qué? —Sus ojos suplican, su voz es vehemente—. ¿Por qué?

—Bien, Mandy, dímelo. Te escucho.

—No puedes escribir nada de esto. Nada sobre mí. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Qué es?

—Me salvó la vida. Le debo la vida. Era un buen hombre.

—La angustia agita su rostro como el viento sobre un estanque.

—Continúa.

—Mamá se estaba muriendo, me quedé embarazada. No era la primera vez. Un encuentro de una noche con un imbécil en Melbourne. Pensé en suicidarme; no veía el futuro, uno que valiera la pena. Este pueblo de mierda, esa vida de mierda. Y él se dio cuenta. Entró en la librería, comenzó a bromear y coquetear como siempre, y luego paró. Así, sin más. Me miró a los ojos y lo supo. Y le importaba. Me hizo cambiar de idea, hablándome durante una semana, un mes. Me enseñó a dejar de huir, me enseñó el valor de las cosas. Le importaba, mostraba empatía, entendía el dolor de los demás. Las personas como él no abusan de menores, ¿cómo van a hacerlo? —Hay fervor en su voz, convicción en sus palabras—. ¿Crees en Dios? —pregunta.

—No —dice Martin.

—No, yo tampoco. ¿Y en el destino?

—No.

—De eso no estoy tan segura. ¿En el karma?

—Mandy, ¿a dónde quieres ir a parar?

—Él solía venir a la librería a comprar libros y tomar café. Al principio, no me di cuenta de que era sacerdote. Era atento, encantador y distinto. Me caía bien. A mamá le agradaba muchísimo. Sabía hablar de libros, de historia y de filosofía. Nos encantaba cuando venía. Fue una decepción cuando me enteré de que era sacerdote; me atraía un poco.

—¿Y él sentía atracción por ti? —Al mirarla, a Martin le resulta difícil imaginar a un hombre que no lo sintiera.

Ella sonríe.

—Por supuesto que no. Yo estaba embarazada.

—¿Pero a ti te gustaba?

—A todos les gustaba. Era tan ingenioso, tan carismático. Mamá se estaba muriendo, el pueblo se estaba muriendo y aquí estaba él: joven, vital y lleno de confianza y de promesas. Y luego se convirtió en algo más: un amigo, un confesor, un salvador. Me escuchaba, me entendía, comprendía por lo que estaba pasando. No me juzgaba ni me reprendía. Siempre pasaba por aquí cuando estaba en el pueblo, siempre venía a ver cómo estábamos. En los últimos días de mamá, en el hospital de Bellington, la consoló a ella y me consoló a mí. Era un buen hombre. Y luego, él también se fue.

Más silencio. Esta vez es Martin el que habla primero.

—¿Tuviste a tu bebé?

—Sí. Por supuesto. Liam. Está durmiendo atrás. Te lo presentaré si sigues aquí cuando se despierte.

—Me gustaría conocerlo.

—Gracias.

Martin elige las palabras con cuidado, al menos lo intenta, sabiendo que nunca serán las adecuadas.

—Mandy, entiendo que Byron Swift fue bueno contigo. Puedo aceptar que no era un hombre malo y que era sincero.

Pero eso no lo redime de lo que hizo. Y tampoco significa que las acusaciones no sean ciertas. Lo siento.

Pero sus palabras no logran persuadirla; solo parece que está más decidida.

—Martin, te lo aseguro, él miró dentro de mi alma. Yo vislumbré la suya. Era un buen hombre. Sabía que yo estaba sufriendo y me ayudó.

—¿Cómo puedes conciliar eso con lo que hizo? ¡Cometió un asesinato múltiple!

—Lo sé. Lo sé. No puedo conciliarlo. Sé que lo hizo; no lo niego. Y eso me ha estado carcomiendo desde entonces. La única persona verdaderamente buena que he conocido, además de mi madre, resulta ser este monstruo. Pero aquí está la cuestión: puedo creer que les disparase a esas personas. Sé que lo hizo. Incluso me resulta real, de algún modo perverso, siento que era lo que correspondía, aunque no sé por qué lo hizo. Pero no puedo creer que abusara de menores. De pequeña, me acosaron y me golpearon; de adolescente, me calumniaron y me manosearon; y de adulta, me dejaron de lado, me criticaron y me marginaron. He tenido muchos novios violentos, es casi el único tipo de novios que he tenido: imbéciles narcisistas que solo piensan en sí mismos. El padre de Liam es uno de ellos. Conozco esa mentalidad. La he visto de cerca y lo he pasado mal. Esa no era la mentalidad de él; era todo lo contrario. A él le importaba. Eso es lo que me está destrozando. Y por eso no puedo creer que abusara de menores. A él le importaban.

Martin no sabe qué decir. Ve la vehemencia en su rostro, oye el fervor en su voz. Pero ¿un asesino múltiple al que le importaban los demás? Así que no dice nada, solo se queda mirando los atribulados ojos verdes de Mandalay Blonde.